BOGOTÁ MI CIUDAD MI CASA

BOGOTÁ

# Memoria viva y renovación urbana: un relato compartido entre el barrio Gran América y la AE ZIBo



RENOBO
EMPRESA DE RENOVACIÓN Y DESARROLLO URBANO DE BOGOTÁ

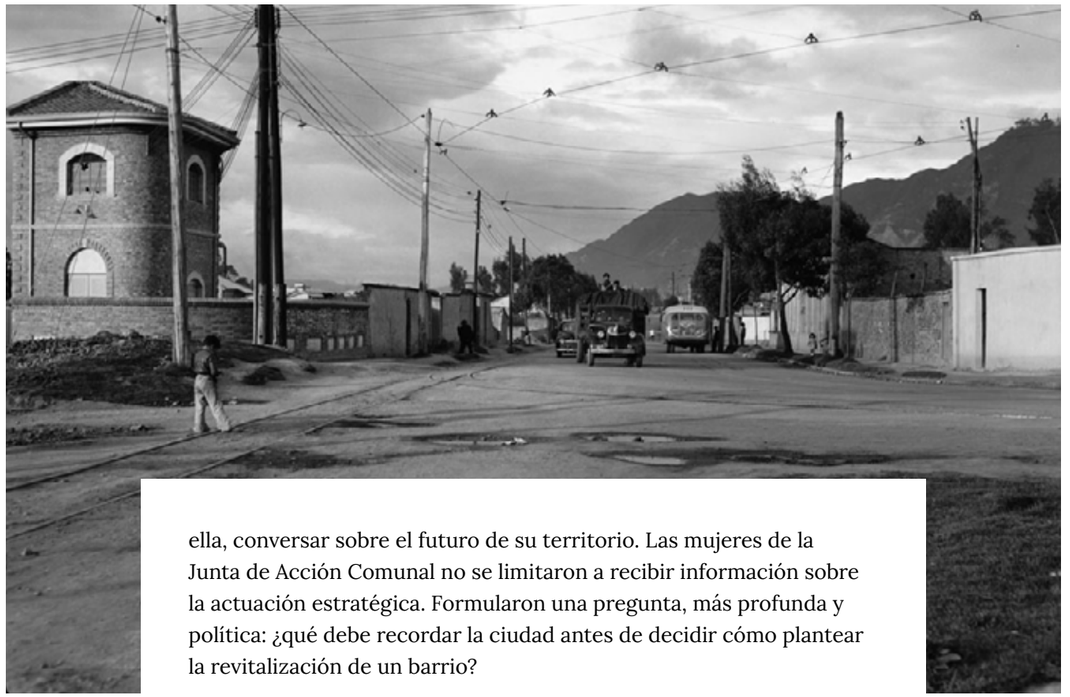
# Una pregunta antes de la norma



Antes de que una norma urbana dibuje el futuro de un territorio, hay un barrio que ya lo viene interpretando. En estos espacios, que podrían transformarse, habitan ciudadanos que saben en qué esquina no funciona un cruce, qué parque dejó de sentirse abierto, qué edificio cambió la escala de la calle, qué avenida amenazó con partir en dos una forma de vida barrial.

Son los habitantes quienes recuerdan y, por ello, saben dónde indagar en la memoria colectiva del espacio urbano: en las actas de la Junta de Acción Comunal, en las fotografías guardadas por los residentes, en los planos de una planoteca y en las conversaciones cotidianas en las que comienzan a surgir las razones por las que una reja, una caseta o un atajo importan tanto.

Esta conciencia sobre la importancia de la memoria fue el punto de partida de los residentes del barrio Gran América, de la Localidad de Teusaquillo, que se encuentra dentro de la Actuación Estratégica Zona Industrial de Bogotá (AE ZIBo). No se aproximaron como sujetos pasivos del proceso de renovación, sino como actores pertenecientes a una comunidad que decidió preguntarse por su propia memoria para, desde



ella, conversar sobre el futuro de su territorio. Las mujeres de la Junta de Acción Comunal no se limitaron a recibir información sobre la actuación estratégica. Formularon una pregunta, más profunda y política: ¿qué debe recordar la ciudad antes de decidir cómo plantear la revitalización de un barrio?

Este proceso adelantado con la JAC Gran América muestra una forma especialmente valiosa de participación ciudadana: una que reconoce la memoria de los territorios, sus afectos y sus valores cotidianos como insumos legítimos para orientar la revitalización urbana.

En este caso, participar no se limitó a asistir a una socialización, a recibir una explicación técnica o a presentar observaciones sobre una norma. Participar fue producir memoria, traducir preocupaciones en preguntas, convertir el archivo documental en una conversación e invitar a que la planeación se acercara a la experiencia vivida del barrio. En lugar de partir de la norma para luego consultar a la ciudadanía, el proceso permitió partir de la memoria para comprender qué significaba esa norma para quienes han habitado, defendido y cuidado el territorio. Durante este proceso, la planeación de una norma urbana dejó de ser únicamente un asunto de edificabilidad, cargas, usos o tratamientos y se convirtió también en una pregunta sobre las formas de vida que un barrio desea reconocer, proteger y proyectar.

# Paisaje vivo:
## cuando el cambio toca la rutina

Cuando hablamos de que algo "se convirtió en paisaje", nos referimos a una noción distante y estática. Nombramos aquello que, por estar siempre ahí, deja de mirarse con atención. Sin embargo, el paisaje no está quieto. Los ríos raspan la tierra, cambian de curso, inundan lugares donde antes no llegaban o abren nuevas desembocaduras. Las ciudades, aunque parezcan hechas de materiales más duros, también se mueven. Cambian con la población que llega o se va, con las infraestructuras que se amplían, con los servicios que se quedan cortos, con las obras que prometen resolver un problema y, mientras tanto, estos cambios del "paisaje" alteran la vida diaria.

En la vida cotidiana, el paisaje no es sólo lo que se ve al fondo. Es también aquello de lo que depende una rutina: el transporte, la iluminación, el silencio posible en la noche, la seguridad para caminar, la confianza de reconocer a quien pasa por la cuadra. Por eso, una obra, una nueva avenida o un cambio en la densidad posible no modifica únicamente la forma física de un lugar, también mueve los hábitos, las certezas y los modos de orientarse en el mundo.

La resistencia al cambio, tantas veces tratada como un obstáculo, suele nacer de esa experiencia: cuando cambia el paisaje, tiembla la estructura cotidiana sobre la que las personas habían aprendido a sostenerse. Desde una lectura individual, ese cambio puede percibirse como externo, impuesto e incluso injusto, pero cuando la incomodidad se conversa en colectivo, aparece una lectura distinta: la de reconocer que el paisaje también se produce socialmente y que, por lo tanto, puede discutirse, cuidarse y transformarse. La participación ciudadana empieza ahí, en el momento en que una experiencia aparentemente privada —el ruido de una obra, el miedo a una avenida, la pérdida de un parque abierto— se convierte en una pregunta común.

En el Barrio Gran América, esa pregunta común ya existía antes de que la AE ZIBo apareciera como un asunto institucional. El barrio había aprendido a leer los cambios urbanos desde la defensa de su vida cotidiana. Por eso, cuando la posibilidad de renovación urbana llegó como horizonte de planeación, la comunidad no solo se preguntó qué podía pasar. También buscó recordar qué había pasado antes, qué había sido protegido y qué valores habían permitido que el barrio siguiera reconociéndose a sí mismo.





## Cómo se defiende un barrio

La Zona Industrial, ubicada entre las localidades de Teusaquillo y Puente Aranda de Bogotá, se consolidó a mediados del siglo XX en el marco de una idea de ciudad zonificada. El occidente fue tomando forma como área productiva, apoyado por la presencia del ferrocarril y por su conexión con la Estación de La Sabana, las plazas de mercado y el centro histórico. Allí se instalaron industrias que marcaron la vida económica y el desarrollo espacial de Bogotá: Bavaria, Postobón, Goodyear, Croydon, entre otras. La ciudad industrial crecía y, con ella, cambiaban sus límites residenciales.

La localidad de Teusaquillo, por su parte, había sido concebida como una zona residencial de escala barrial con una arquitectura asociada a ciertos ideales de confort urbano. En su borde occidental, en la parte baja de la localidad, algunas casas comenzaron a aparecer entre





potreros, pastizales y vacas. La ampliación de la Avenida Las Américas, el aumento del tráfico, la llegada de nuevas familias, comercios, iglesias y fábricas fueron transformando rápidamente ese paisaje inicial.

El nombre de Gran América tiene varios orígenes posibles: algunos lo asocian con la avenida América; otros, con los movimientos latinoamericanistas vinculados a la Universidad Nacional. Más allá del origen preciso del nombre, lo que emerge con fuerza en los relatos barriales es la temprana organización comunitaria. La Junta de Acción Comunal buscó, desde sus inicios, cohesionar el barrio en torno a una preocupación concreta: mantener un entorno residencial seguro, caminable y reconocible. Con aportes de los vecinos, se levantaron casetas de vigilancia, se gestionó el alumbrado público y se sostuvieron acuerdos cotidianos para cuidar la tranquilidad del sector.

Esa defensa no fue abstracta. Los testimonios recuerdan que la comunidad se opuso a obras que podían dividir el barrio con nuevas vías. No se trataba únicamente de rechazar la infraestructura nueva, sino de proteger rutas internas, relaciones vecinales, maneras de entrar y salir, el ruido tolerable y las formas de confianza entre vecinos. La preocupación por la llegada de “personas amigas de lo ajeno” con las grandes intervenciones urbanas —repetida en los relatos de los vecinos— condensa algo más amplio sobre lo que implica el cambio urbano: una avenida no era solo una línea en un plano ni una intervención física, sino una posible fractura en la vida comunitaria.

Pese al cambio generacional, esa organización comunitaria siguió trabajando para mantener un ambiente residencial tranquilo. El barrio es hoy un conjunto de viviendas, edificios y espacios comunes que conserva un espíritu tradicional poco frecuente en su entorno inmediato. No porque haya permanecido igual, sino porque sus habitantes han insistido en tener voz y agencia frente a los cambios que los han atravesado.

## La AE ZIBo y el futuro escrito en norma

La ciudad requiere instrumentos de planeamiento capaces de reconocer que ciertos sectores concentran tensiones particulares entre memoria, infraestructura, usos productivos, vivienda, movilidad, espacio público y expectativas de futuro. Con el Plan de Ordenamiento Territorial (POT) vigente (Decreto 555 de 2021), y reconociendo que el paisaje urbano cambia de forma permanente, la ciudad asume la responsabilidad de orientar y proyectar dicho cambio articulando las dinámicas locales con las distritales.






En ese marco se inscriben las Actuaciones Estratégicas previstas en el Plan de Ordenamiento Territorial. Las Actuaciones no son proyectos de renovación urbana; se consolidan como un instrumento que propone modelos urbanos específicos para áreas de importancia estratégica, integrando las necesidades generales de la ciudad con las vocaciones, oportunidades y condiciones particulares de cada territorio. Su alcance no es únicamente promover una mayor densificación en zonas estratégicas, sino también establecer reglas para que esa transformación produzca mejores condiciones urbanas: más espacio público, mejor movilidad, mayores áreas verdes, servicios de proximidad, conservación de los valores patrimoniales y una relación más equilibrada entre los nuevos desarrollos y los tejidos existentes.

La AE ZIBo busca orientar la transformación de una zona de gran importancia para Bogotá, protegiendo usos históricamente presentes y, al mismo tiempo, abriendo la posibilidad de nuevas configuraciones urbanas. En ese equilibrio se juega buena parte de su complejidad: renovar no debería significar borrar; revitalizar, en este caso, exige poner en valor lo construido, regular lo nuevo y reconocer aquello que ya sostiene la vida urbana. Esa noción de futuro, sin embargo, suele generar inquietud. En muchos barrios, la renovación urbana se asocia con grandes proyectos, la ruptura del paisaje tradicional, el aumento de los precios y el desplazamiento de quienes han construido la vida del sector. La palabra renovación puede activar temores acumulados: perder la casa, perder la escala de la calle, perder la memoria, perder la capacidad de decidir sobre lo propio.

Para un barrio como Gran América, la pregunta no era si la ciudad debía transformarse, sino cómo hacerlo sin desconocer la historia, la escala y los vínculos que le dan sentido al territorio. Por eso la formulación de una Actuación Estratégica no puede limitarse a explicar beneficios futuros, debe reconocer los lenguajes, las emociones y las preocupaciones con los que la ciudadanía interpreta el cambio.



# Memorias del territorio: participación desde la vida cotidiana




Conscientes del temor que podía generar entre los residentes escuchar que estaban “dentro de una Actuación Estratégica”, las lideresas de la JAC Gran América se propusieron informarse a fondo. Convocaron a RenoBo, operador urbano encargado de la formulación, para resolver inquietudes sobre el alcance del instrumento, sus etapas, sus implicaciones y su relación con el futuro del barrio.



Pero ese acercamiento no se agotó en una solicitud de información técnica. La comunidad propuso un diálogo que girara en torno a la memoria, que permitiera reconstruir los cambios del barrio y hacerlos visibles para sus propios habitantes. En ese gesto hay una actitud notable: la JAC no esperó a que la institución definiera unilateralmente el modo de conversación; creó espacios, difundió información entre los vecinos, insistió en comprender los mecanismos del proceso y propuso una ruta propia para aportar desde la memoria. En lugar de limitarse a reaccionar ante la norma, las lideresas comunitarias convirtieron la memoria barrial en una herramienta para incidir en la manera en que se entendía el territorio.

El proceso se estructuró en torno a la idea de construir una Galería Viva del Barrio Gran América. De acuerdo con el relacionamiento establecido con la JAC, la iniciativa venía siendo impulsada desde años anteriores y fue retomada y fortalecida durante 2025 mediante un trabajo articulado



con la Oficina de Participación Ciudadana y Asuntos Sociales de RenoBo. La metodología combinó mesas de trabajo comunitarias y revisión documental.

Lo importante del proceso es que la memoria no se entendió como nostalgia ni como un factor que se opone al cambio, apareció como una forma de conocimiento territorial. Las conversaciones iniciales con residentes antiguos permitieron recuperar relatos sobre el poblamiento, las dinámicas familiares, la vida comunitaria, las transformaciones ambientales, la seguridad, la convivencia y la vocación del barrio. En esos relatos, el barrio no aparecía como una superficie disponible para ser intervenida, sino como una trama de relaciones, afectos y decisiones acumuladas.

Esta lectura dialoga con la idea de la práctica narrativa en la planeación urbana: los conflictos y tensiones sobre el cambio no se resuelven únicamente con información técnica, porque las personas no se relacionan con el territorio sólo a partir de datos; lo hacen desde historias, emociones, pérdidas, expectativas y formas de nombrar aquello que valoran. En ese sentido, el trabajo con el barrio Gran América permitió que la participación no se redujera a traducir el lenguaje ciudadano al de la norma, sino a poner en diálogo distintos relatos del territorio sin que unos se desvanecieran dentro de otros.

# El archivo y la voz:
## dos maneras de decir ciudad

RenoBo acompañó a integrantes de la JAC en la búsqueda de información histórica y cartográfica. El proceso incluyó visitas a la Planoteca Distrital, al Archivo Distrital de Bogotá y al Archivo Central de la Secretaría Distrital de Planeación (SDP). En la Planoteca se buscaron planos a partir de las direcciones de los predios de los integrantes de la Junta y se identificó un plano antiguo de loteo del sector. En el Archivo Distrital se localizaron documentos como el Decreto 886 de 1959, la ficha de fundación del barrio, registros fotográficos, el Atlas Histórico de Bogotá y materiales relacionados con la trayectoria de la Junta de Acción Comunal. En el Archivo Central de la SDP se consultaron expedientes con planos de urbanismo, comunicaciones técnicas, fichas catastrales y referencias a modificaciones de uso del suelo.

Más allá de su valor documental, estos hallazgos abrieron un escenario de contraste. El archivo institucional contaba una historia hecha de decretos, planos, expedientes, referencias técnicas y fechas. La memoria comunitaria contaba otra: una hecha de preocupaciones, insistencias, acuerdos vecinales y decisiones que permeaban la vida cotidiana. Puestas una al lado de la otra, las dos narrativas dejaron ver disonancias. La ciudad vista desde arriba no siempre coincide con la ciudad caminada, cuidada y defendida desde abajo.

Un ejemplo ilustra esa diferencia. En los documentos oficiales, una modificación vial podía aparecer como el paso de una alternativa técnica a otra: primero una oreja para conectar la Avenida Las Américas con la NQS hacia el sur; luego, un retorno sobre Las Américas. Para los vecinos, detrás de esa decisión había una historia más larga y más densa. La primera alternativa implicaba dividir el barrio con una vía de alto tránsito, aumentar el ruido, alterar las rutas internas y poner en riesgo la continuidad de la vida barrial. La JAC de entonces insistió, envió requerimientos, se plantó en la obra y evitó la entrada de los obreros hasta que la decisión se modificó.

Ese episodio no funciona como simple anécdota. Muestra que la memoria barrial conserva información que los documentos técnicos suelen comprimir o dejar por fuera: qué le cuesta a la vida diaria una línea trazada en el plano, de qué manera una obra reorganiza la confianza entre vecinos, cómo se entrelazan el miedo y la pertenencia cuando la infraestructura le cambia la cara a una cuadra.

Al recuperar estos relatos, la JAC no estaba contando el pasado: estaba mostrando que el barrio había participado antes en la producción de la ciudad, y que esa experiencia merecía un lugar en las discusiones sobre el futuro.

De allí surgió también la idea de la Galería Viva de la Memoria: una exposición que podría reunir relatos, fotografías, planos, hitos y objetos para que el barrio pudiera verse a sí mismo y discutir su transformación desde una memoria compartida. Incluso se avanzó en la elaboración de una maqueta del barrio por parte de un estudiante de la Universidad Nacional, lo que amplió el proceso hacia un dispositivo pedagógico. La maqueta representaba una forma urbana, pero sobre todo hacía visible una pregunta colectiva: ¿qué partes vivas y cotidianas del barrio deben seguir siendo legibles cuando se comience a revitalizar?






# De la memoria a la revitalización



El proceso de Gran América permite entender la participación ciudadana como algo más amplio que la incidencia formal en un documento. La participación puede ser también una práctica de reconocimiento. Reconocer, por ejemplo, que la comunidad tiene saberes propios; que los afectos por un lugar no son obstáculos irracionales; que preocuparse por la tranquilidad, la seguridad o la escala de una calle expresa valores urbanos legítimos; y reconocer sobre todo, que la memoria ayuda a precisar qué significa revitalizar sin borrar.

En el caso de la JAC Gran América, la relación con RenoBo implicó al menos tres movimientos importantes. La comunidad pasó de una posición receptora a una activa: convocó, preguntó, propuso y organizó. La institución, por su parte, no trató esta iniciativa como un insumo menor, sino como una vía para comprender mejor el territorio, y la memoria permitió anclar la discusión normativa a una pregunta más concreta: qué debe protegerse, qué puede cambiar, y bajo qué condiciones la transformación puede producir bienestar sin fracturar las relaciones que ya existen.

En lugar de una participación concebida como trámite, el proceso abrió una relación de trabajo: En las mesas con la JAC se acordaron objetivos comunes, se identificaron coincidencias y diferencias, se buscaron mecanismos accesibles para personas mayores y se establecieron compromisos concretos de recolección y análisis.

Las entrevistas ampliaron las voces; la revisión de archivos respaldó documentalmente lo que la memoria oral sostenía. Y la socialización de los hallazgos fue generando confianza: los materiales encontrados dejaron de ser piezas sueltas y empezaron a funcionar como insumos para espacios futuros de presentación, como la línea del tiempo y la galería.

Lo que esta experiencia pone sobre la mesa tiene implicaciones directas para la renovación urbana: un territorio no se revitaliza solo con más espacio público, mayor edificabilidad o mezcla de usos. Se revitaliza cuando las transformaciones reconocen aquello que ya produce vida, cuidado y pertenencia. En el barrio Gran América, la memoria mostró que el barrio no era una pieza pasiva dentro de una zona estratégica, sino un actor con trayectoria organizativa, repertorios propios de defensa y una comprensión arraigada de sus valores urbanos.

El aporte del proceso, entonces, no se agota en haber construido confianza entre la comunidad y la institución. Va más allá: mostró una ruta para que la planeación incorpore relatos cotidianos sin vaciarlos de sentido. La norma necesita datos, planos y criterios técnicos, pero también necesita comprender qué significan esos planos cuando tocan una casa, una esquina, un parque o una ruta de cuidado. La memoria territorial puede contribuir a que esa traducción se haga con la comunidad, no a pesar de ella.



# Transformar sin borrar

Un espacio se vuelve propio cuando queda inscrito en las etapas de la vida. Una cuadra, un parque o una esquina puede parecer un elemento menor dentro de un instrumento de planeación, pero para quienes los habitan son parte de una biografía compartida. Por eso es apenas natural querer mejorarlos, mantenerlos o defenderlos.

El barrio Gran América ha sobrellevado transformaciones importantes porque su comunidad ha asumido el cambio sin renunciar a la defensa de sus condiciones de vida. El proceso de Memorias del Territorio, en el marco de la AE ZIBo, muestra que la participación ciudadana puede ampliar la planeación cuando se toma en serio la memoria. Las mujeres de la JAC fueron más allá de pedir claridad sobre una norma: hicieron visible una forma de conocimiento barrial. Con entrevistas, archivos, recorridos, planos y dispositivos pedagógicos, mostraron que la ciudad futura no se construye mejor olvidando lo que había, sino entendiendo por qué ciertas formas de habitar merecen ser cuidadas.

Como operador urbano, RenoBo encontró en este proceso una oportunidad para acercar la formulación técnica a la experiencia territorial. La comunidad, a su vez, encontró una manera de convertir su memoria en un lenguaje público. En ese encuentro, la renovación urbana dejó de ser una promesa abstracta y empezó a convertirse en una conversación con lugar y nombre propio: cómo cambiar sin borrar, cómo proyectar sin desplazar simbólicamente, cómo lograr que la ciudad del futuro reconozca las historias que ya la sostienen.

El caso de Gran América no resuelve por sí solo las tensiones de la renovación urbana —ningún proceso participativo lo hace—, pero deja algo valioso: cuando la memoria entra en la planeación, la ciudadanía deja de aparecer únicamente como destinataria del cambio y empieza a ser reconocida como autora de una parte de su sentido. Tal vez ahí está la clave: transformar el paisaje no tiene por qué ser una amenaza cuando se hace desde una voluntad compartida de revitalizar lo que ya tiene vida.

